

Palabras del Dr. JOSE LUIS LOPEZ en homenaje Al Dr. EDUARDO BERRIO GONZALEZ

Hoy se ha empobrecido el carácter del pueblo colombiano.

Porque se ausenta uno de los grandes valores que han sido columna y fundamento de nuestra estructura social: con la dignidad en la vida pública y privada; con la plenitud y la pulcritud de la ética vivida; con el aporte cotidiano a la cultura; con la siembra cariñosa y la difusión perseverante de la equidad y de la justicia; con el cultivo intensivo y silente de la sabiduría; con la orfebrería regocijada y jubilosa de la amistad; con la camaradería, cordial, docente y dicente, en diálogo sencillo, humilde y constructivo, sin mengua, menoscabo y deterioro de la superioridad jerárquica; con el rigor en la declaración y en la defensa de lo bueno y de lo justo; con la prolongación inmaculada del mayorazgo excelso; con la fé devota en los altos ideales de lo verdadero y de lo bello; con la pobreza de espíritu de quien fue siempre un potentado del espíritu; con el acendramiento y la decantación en la observancia de las virtudes espirituales y civiles que arman caballero al buen cristiano y al buen ciudadano.

Cuando, sin quererlo y sin buscarlo, intervino en la política navegaba majestuosamente en el mar de la serenidad. Para decirlo en pocas palabras, no le prendió fuego a la constitución de Rionegro ni le quemó mucho incienso a la carta del 86.

Su partida llena de aflicción al hogar hidalgo y benemérito; llena de sombra ese elevado instituto de enseñanza que es la Universidad Pontificia Bolivariana; llena de vacío el aire enrarecido y contaminado de nuestra democracia; llena de luto el círculo acongojado de sus amigos; llena de desamparo a los muchos a quienes favorecía con sus dádivas materiales y morales; llena de incertidumbre a los que consolaba con el bálsamo del buen consejo a quienes lo han de menester.

Con lágrimas devolvemos a la tierra sus despojos mortales y con exultación nos constituímos depositarios de su memoria duradera. Está escrito que más de la vida locuaz enseña la muerte taciturna. Así él seguirá alumbrando la escondida senda de nuestro peregrinaje, al modo de esos lampos erráticos de las estrellas desaparecidas. Hasta que un día, volvamos a abrazarlo, con abrazo eterno, en la morada y en el reino, que no tiene fin.

Pongamos una cruz sobre su tumba. En la cruz está la salud, en la cruz la vida, en la cruz la defensa de los enemigos; en la cruz la infusión de la suavidad soberana, en la cruz la fortaleza del corazón, en la cruz el gozo del espíritu; en la cruz está la suma virtud, en la cruz la perfección de la santidad. En la cruz está también la promesa de la resurrección.

Dejémoslo sólo en su gloria y vivamos de su recuerdo.

JOSE LUIS LOPEZ